

CUATRO VISIONES DEL «OTRO»

[Four visions of the «Other»]

Manuel Acosta Esteban

Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

RESUMEN

Se analiza la visión que de los rivales ostentan en sus respectivas obras cuatro autores-protagonistas del 21: Dionysios Surmélis, el *protosíncelo* Frantzís, Spyridon Trikupis y Nikólaos Kasomulis.

PALABRAS CLAVE: purismo, calamidad, regresión, honrilla.

ABSTRACT

It analyses the view of the rivals held in their respective works by four author-protagonists of the 21st century: Dionysios Surmélis, the *Protosyncellus* Frantzís, Spyridon Trikupis and Nikolaos Kasomulis.

KEYWORDS: purism, calamity, backwardness, glory.

La *Ιστορία τῶν Ἀθηνῶν κατὰ τὸν ὑπὲρ ἐλευθερίας αγῶνα*, a la que llamaremos *Crónica de Atenas* por su alcance meramente local, publicada en 1ª edición en 1834, —un tiempo récord desde la terminación del conflicto—, solo superada en este aspecto por *History of the Greek Revolution* (1832) de Thomas Gordon —el cual es mencionado en la obra como combatiente filoheleno e ignorado como historiador—, es prácticamente la primera de las obras en griego sobre la *Epanástasis*. Su autor, Dionysios Surmélis (1798-186?), poseedor de una cultura que le valió para actuar como secretario durante el asedio y para pronunciar discursos patrióticos (cf. págs. 13-14), se siente genuinamente griego, heredero de aquellos gloriosos antepasados a los cuales tratan de emular sus actuales descendientes en las gestas heroicas, como cuando dan una réplica «digna del genio griego» —seguramente redactada por él mismo— a la exigencia de rendición de la Acrópolis, inspirada en el célebre μολὼν λαβέ de Leónidas en las Termópilas (p. 227); y especialmente ateniense, como lo demuestra que dedicó toda su producción literaria a su ciudad natal, convirtiéndose en una suerte de cronista local, cual se puede ver por esta que comentamos y por el título de las otras dos, que citaremos *infra*. Para él, Atenas es la

Memorias de los protagonistas del 1821, coordinado por Panagiota Papadopoulou [*Estudios Neogriegos. Revista de la Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos* 23 (2024)], pp. 53-67.

ISSN 1137-7003

flor y nata de Grecia, según se puede observar en la dedicatoria al recién entronizado Otón de la obra que estamos comentando (p. 48):

Majestad: El Gran Creador del universo, para que sus creaciones no estuvieran en la oscuridad más profunda y quedaran todas muertas, colocó en medio del firmamento el gran astro de la luz; y he aquí que el Todo fue iluminado.

[...] para que no se instaurase el derecho del más salvaje con menoscabo de la razón, dijo Dios: «Hágase una ciudad para iluminar a la mente humana». Y nació Atenas, y he aquí que iluminó a toda la Tierra.

Pero por designio del Creador, un cuerpo opaco iba a interponerse ante el foco de luz, como la luna ante el sol, y a provocar durante mucho tiempo la oscuridad en la tierra, dotada antes de luz.

Finalmente declinó el cuerpo opaco, se disolvió la tiniebla, apareció la Aurora de rosados dedos y he aquí que los griegos gozan ya de la presencia del muy deseado astro que va a iluminar y hacer resplandecer el horizonte, sentado en luciente trono en la elegida ciudad de Atenas.

Se dirá que el forzado símil del astro rey y el eclipse no es más que un halago al monarca recién estrenado, con la segunda intención de contribuir a que decidiera el traslado de la capitalidad desde Nauplio; lo cual se hizo efectivo poco después, según confirma el autor en nota al margen en la 2ª edición, de 1853 (n. 1). Pero hay algo más.

Si nos fijamos bien en los términos del pasaje, se notará que Surmelís ve una continuidad en la historia de Grecia en general, y de Atenas en particular, desde la Antigüedad hasta nuestros días, sin tener en cuenta los cambios operados en esos veinte siglos o más, incluso silenciando que el cristianismo fue un factor de ruptura. La Grecia que surge ahora abre un renacer, aludido por la fórmula homérica «la Aurora de rosados dedos» —pues se creía que en el principio fue Homero—; de modo que el enemigo que ha eclipsado la gloria de antaño no ha sido únicamente el otomano, sino todos los que han sometido a la nación a lo largo de su historia. Se ve claro si vamos a su segunda obra, en que relata la Historia de Atenas, *Visión sinóptica de la ciudad de Atenas desde su caída en poder de Roma hasta el fin de la Turcocracia* (1842. Hay edición moderna: *Καταβίαις Δίωov*, 2002). Consideró necesario remontarse en la historia de su protagonista hasta el momento en que perdió la libertad, que sitúa en la brutal expugnación de Sila (86 a. C.). Divide el devenir de la ciudad en tres capítulos: Antigüedad (esplendor), Edad Media (decadencia) y Edad Moderna (caída y regeneración). En la reedición (1846) añade un apéndice o capítulo IV para refutar las teorías no continuistas de Pouqueville, que afirmaba que la población griega originaria había sido sustituida por el componente albanés, y sobre todo de Falmerayer («Ni una gota de sangre

helénica corre por las venas de los griegos de hoy»), para el cual era predominantemente de raza eslava.

Acorde con esta tesis está el empeño de Surmelís, coincidente con el prurito nacionalista, de purgar toda impureza heredada del largo dominio extranjero e incorporar las grandezas pasadas. Así, se rehízo buena parte del léxico con términos castizos y se abandonaron hábitos importados. A uno de ellos se refiere Surmelís al final de su introducción a la 2ª edición de nuestra *Crónica* (pp. 47-48): el de hacer preceder el turquismo *Chatzí* (abreviado en *Ch.*) al nombre o apellido de quien había visitado los Santos Lugares, como se les antepone a los musulmanes que habían cumplido el precepto de peregrinar a La Meca; y es precisamente después de declarar que ha «abandonado esa y otras costumbres bárbaras», cuando anuncia que ahora agrega «notas descriptivas de la comarca e informes sobre determinadas aldeas y pueblos del Ática, cuyas revelaciones son muy bienvenidas por los estudiosos de estas cosas».

Finalmente decidió consignar el resultado de sus investigaciones en una obra independiente, *El Ática o Sobre los demos del Ática y, entre ellos, algunas partes de la ciudad*, que vio la luz un año después que la 2ª edición de la *Crónica* y que intentaba regenerar el nomenclátor regional, del mismo modo que a muchas ciudades se les despojó del nombre que habían adquirido durante la infausta decadencia y volvió a llamárseles como en la Antigüedad; en el Ática —la región de Atenas, territorio de la polis desde los inicios y, por lo tanto, objeto también del interés de nuestro erudito local— la tarea estaba inconclusa: faltaban por localizar en el mapa, e identificar con los parajes y núcleos de población de ahora, muchas de las unidades administrativas mínimas de los tiempos de Solón y Pisístrato, y de la reforma de Clístenes: los llamados *demos*. Eran además históricamente relevantes, entre otras cosas porque no pocos nos han llegado asociados a personajes ilustres, ya que formaban parte del «apellido» de los atenienses. La localización de estos *demos* en el territorio de la región actual y su identificación correcta, para cambiarles el nombre adquirido por el antiguo, tenía pues su importancia. Por desgracia, y ello hay que achacar no solo a él sino también al estado de los conocimientos decimonónicos, no siempre acierta el investigador; aunque su labor ha hecho que ciertos lugares actuales se adornen con nombres que ni histórica ni etimológicamente tienen que ver con la nueva denominación.

El afán regenerador se manifiesta también en el vocabulario que emplea nuestro autor. Extremadamente purista, evita concienzudamente los términos extranjeros y, cuando los usa por necesidad o porque figuran en la fuente que está manejando, los traduce a continuación entre paréntesis. Siguiendo las normas de la historiografía bizantina, salvo en los inevitables términos que la evolución técnica ha hecho aparecer, como τουφεκι,

‘fusil’, o κανόνι, ‘cañón’, se maneja rematadamente bien con el arsenal de vocablos antiguos, que se adaptan de maravilla a las realidades contemporáneas.

En conclusión, diríamos que para Surmelís, decididamente racista según una tendencia que empieza a despuntar en su época, el «otro» es el invasor ancestral, adopte el aspecto que adopte: romanos, ávaros, eslavos, «francos» en general y venecianos en particular y, por último, turcos. Y, también, los teóricos que niegan la continuidad de la raza y mantienen que los griegos de ahora son étnicamente eslavos o albaneses. Hasta el extremo de que cierra la *Crónica* con el último añadido, una suerte de pieza oratoria, un aleccionamiento dirigido *A los descendientes de los griegos de hoy*, en el que exhorta a la posteridad helénica a no olvidar en el futuro la penosa obtención de la libertad, y a perpetuar la memoria de quienes más colaboraron en ella, no necesariamente en el campo de batalla, según el caso; dentro del espíritu de depuración que lo anima y coincidiendo en parte con los iconoclastas líderes de la Revolución Francesa, aboga por una estrafalaria «deslatinización» del calendario, sustituyendo los nombres de los meses por otros más helénicos:

acordaos de apartar de vuestros rostros el ancestral estigma de la esclavitud que la antigua Roma imprimió en todas las naciones de Europa, cuya cicatriz, cuya marca llevan hasta hoy todas esas naciones, ya sean grandes o pequeñas, libres o esclavas, pobres o ricas, según la idea del divino Apocalipsis (cap. XIII, 12). Me refiero a los doce meses del año ¿Hasta cuándo dominarán a los maniatados griegos los romanos Junio, Julio, Agosto? Nombrad en griego a los doce meses, pero no a la antigua, porque cada uno de los meses antiguos fue denominado a partir de su propia circunstancia y su propio impulso, que no existen ya entre nosotros. Llamadlos por las estaciones del año. Por ejemplo, a Marzo Primavera por la primavera, a Septiembre Trigeo por la siega, a Octubre Demetrio por la semilla de los frutos de Deméter, etc.

Se tiene al *Compendio de la Historia General de la Insurrección* como la primera en ser editada (1839), al menos en lengua griega, pues no hay que olvidar que se le anticipó *History of the Greek Revolution*, de Thomas Gordon (1832). La verdad es que fue precedida por otras, entre ellas la de Surmelís que acabamos de dejar y las *Memorias bélicas* de Perevós (1836), que también figura en nuestra colección *Protagonistas del 21*. La diferencia estriba en que estas y otras, también tempranas pero menos significativas, tratan aspectos parciales: se limitan a un espacio reducido, como Atenas, o a episodios concretos, como las batallas, mientras que la que ahora examinamos tiene pretensiones de totalidad, al menos en el

tiempo, pues abarca toda la duración del conflicto; lo malo es que geográficamente se restringe al Peloponeso que, si bien fue el núcleo fundamental y decisivo, al fin y a la postre era y es una parte de Grecia; estando aún recientes las heridas resultantes de los enfrentamientos entre griegos de la península y del continente en las guerras civiles y en las negociaciones sobre la colocación de la frontera, aparte de otras diferencias partidistas, su autor, el *protosínkelo* Frantzís, fue acusado de parcialidad, acusación de la que él se defiende no muy convincentemente.

La importancia de este tratado radica en que en el libro I hace una historia de la Turcocracia en el Peloponeso desde la expulsión de los venecianos hasta la fecha de la Insurrección; dicha historia del siglo XVIII y los prolegómenos de la guerra de liberación es, junto con el primer libro de Kasomulis (también parcial), la única incursión de estos autores protagonistas del 21 en los antecedentes inmediatos del conflicto. Y precisamente refiriéndose a ellos sitúa en el prólogo dos apartados que nos aclararán su postura respecto al «otro», que no puede ser más que el enemigo turco.

En el apartado a), el autor nos presenta a la «nación griega» como la que consiguió en el pasado el mayor grado de excelencia, y la que más ha contribuido desde la Edad Antigua al progreso de la Humanidad. El tono un tanto pomposo y afectado se subraya con las frecuentes enumeraciones de méritos y personajes ilustres, rematadas con los correspondientes etcéteras, a veces duplicados para mayor énfasis.

En el apartado b), la parrafada más grandilocuente de toda la obra, se justifica el levantamiento del 21 con una copiosa relación de los oprobios y las vejaciones que sufría un pueblo con tales méritos y de tan ilustres antepasados a manos de los despóticos dominadores turcos. Estilísticamente adopta la forma de acuciantes preguntas retóricas del tipo *Quous-que tandem*. Aquí es donde se manifiesta en todo su esplendor la opinión que el dominador otomano merece al autor, que además de combatiente es sacerdote (*protosínkelo* es un cargo equivalente a arcipreste o vicario general), y no ahorra en descalificaciones: la opresión turca ha sido una calamidad, de la que no había más remedio que librarse por las malas.

Más matizada es la visión en la tercera obra a considerar, la *Historia de la Insurrección Griega*. (1ª edición en 1853) Su autor, Spyridon Trikupis (1788-1873), aunque estuvo presente en alguna acción bélica acompañando a su cuñado Mavrokordartos en la operación sobre Grecia Occidental y en el primer sitio de Mesolongui, actuó sobre todo como político y diplomático. A diferencia de su hijo Charílaos, solo fue primer ministro en dos efímeras ocasiones, pero participó activamente en la política de su tiempo y acabó como embajador en Londres, destino muy acorde con sus preferencias partidistas. Hombre culto y con amplios conocimientos de

Historia, ve los acontecimientos con una óptica muy amplia y abierta; además, sabe expresarse con una claridad diáfana, de modo que es muy difícil añadir algo a lo que nos expone en el prólogo sobre el carácter del enemigo otomano; el cual fue el primer culpable del estallido de la Insurrección:

Es imposible mantener inalterada la situación política de dos naciones que ocupan un único territorio cuando la dominante permanece estática y la dominada progresa. El cambio político entre ellas se establece aún más firmemente si estas naciones tienen orígenes diferentes, profesan religiones diferentes, hablan lenguas diferentes, viven lejos de toda relación de parentesco mutuo, se ven una a la otra como perversas y se odian.

Tal era la posición de turcos y griegos entre sí. La rapidez o lentitud del cambio dependía del momento y las circunstancias. Hay que hacer notar que a Grecia, al caer bajo los turcos, no le sucedió lo mismo que a las naciones europeas que cayeron bajo el dominio extranjero cuando la invasión de los bárbaros: entonces, conquistadores y conquistados se mezclaron en la misma religión y la misma lengua y, con el tiempo, establecieron una sola nacionalidad con un único nombre. El fanatismo del islam había llegado a su apogeo cuando Grecia cayó en manos de los devotos del Corán, mientras que el paganismo de los pueblos que se expandieron por Europa estaba en declive cuando la sometieron; así, sobre estos se impuso el cristianismo y fundió en uno a dominadores y dominados, en tanto que sobre aquellos no prevaleció, permaneciendo mahometanos y griegos dentro de Grecia sin mezclarse nunca y sin recorrer el mismo camino con vistas al desarrollo común. En realidad, los turcos no aprendieron ni dejaron de aprender nada desde que se adueñaron de Grecia: eran y siguieron siendo enemigos del comercio, de la industrialización, del saber; arrogantes y despectivos ante cualquier avance europeo, porque su antisocial religión constituía un obstáculo a toda relación con las naciones de religión distinta, a las que odiaban y menospreciaban. Por eso, para ellos pasaron como tres días los cuatro portentosos siglos desde la toma de Constantinopla: los que, por medio del renacimiento de las letras y el progreso del conocimiento humano, habían llevado a Europa desde la barbarie hasta la civilización, los que habían perfeccionado sus sistemas políticos, los que habían introducido la estrategia en sus ejércitos y marinas y los que habían hecho de la guerra un arte, con el cual el cultivo de la mente vence a la fuerza del cuerpo.

El contraste entre el pueblo que se está liberando y sus sanguinarios dominadores es evidente también en las acciones durante la guerra. En un principio predomina entre los griegos una barbarie que se manifiesta en inhumanas masacres, efectuadas por hordas de voluntarios sedientos de venganza y ávidos de botín, como la que se llevó a cabo tras la toma por sorpresa de Tripolitsá (cap. XXIV). Trikupis las justifica por la falta de educación del pueblo, pues ha estado oprimido y sumido en la esclavitud.

Pero, coincidente en parte con la opinión de Surmelís, que considera incluso más meritoria la hazaña de la liberación que las de los gloriosos antepasados —pues estos eran libres y sabían defenderse, mientras que los contemporáneos nacieron esclavos y tuvieron que aprender a ser libres (pp. 91-93)—, aprecia una favorable evolución de los griegos a lo largo de la guerra. Todo lo contrario que sus oponentes otomanos que, salvo excepciones, dan muestras de obstinación y una crueldad sin remedio, que se plasmó en las represalias contra el patriarcado de Constantinopla y la población griega bajo su dominio, las matanzas de Quíos, el arrasamiento de Psará, etc.

Por último, Nikólaos Kasomulis (1795-1870), cuyas *Memorias* fueron editadas póstumamente por Vlajogiannis en 1940-42, procede más como fedatario que como historiador debido a su incipiente formación, que le valió ser nombrado secretario oficial de las bandas de guerrilleros en las que militó, lo cual se aviene muy bien con el carácter de *Memorias* con que ha rotulado su obra: cuenta desde su propia perspectiva solo lo que presenció, completando lo que falta —pero él cree relevante— con recortes de la prensa, o con el relato de recién llegados participantes en el hecho que se reseña; en cuanto al estilo, podríamos calificarlo de barojiano *avant la lettre*, sin florituras ni adornos, incluso con transgresiones gramaticales —rechinan los innumerables participios absolutos en cualquier caso que no sea el genitivo—, más de «acta de la sesión» que de creación literaria, a medio camino entre la elaborada prosa de un Trikupis o un Kutsonikas y la trabajosa dicción de un Kolokotronis o la genial improvisación de un Makrigiannis.

A pesar de ese estilo protocolario digno de un secretario de ocasión con escasos recursos expresivos, en consonancia con su escasa formación y con su condición de humilde soldado («humilde» en el sentido de apegado a la tierra y lo terrenal), a pesar de todo eso, consigue en no pocas ocasiones pergeñar retratos vívidos y convincentes de ciertos personajes protagonistas y, sobre todo, llegar a cumbres de sublimidad al zambullirnos en las situaciones intensamente emotivas que le fue dado presenciar: no tarda en dar muestras de esa capacidad de conmovernos cuando nos transmite cómo se recibió en Nauplio la mala nueva de la caída de Neócastro en poder de los egipcios, un párrafo de pocas líneas que recuerda al excelente pasaje de Jenofonte sobre la recepción en Atenas de la noticia sobre la derrota en Egos Pótamos (*Hel.*, II 2, 3-4); pero donde Kasomulis da la talla como gran escritor es en la narración de los sucesos más crudos que traía como consecuencia el estado de guerra, tal el espeluznante (1051). Destaca también el extenso pasaje (1036 y ss.), donde los cabecillas en asamblea desgranaban las tremendas medidas que estaban dispuestos a asumir

para culminar con éxito el Éxodo de Mesolongui, antes que los haga recapacitar el arzobispo Iosif: nada menos que matar a los débiles, las mujeres y los niños, para evitarles la muerte o la esclavitud a manos de los turcos.

Las penalidades de los últimos días en Mesolongui (cap. 21º), las vicisitudes del Éxodo, la retirada del Pireo (1439 ss.), son dignas de figurar en cualquier antología. Y por encima de todo, la conmovedora descripción de la agonía y muerte del gran Karaiskakis: capítulo trigésimo, (1364 y ss.), consagra a Kasomulis como un autor de talla universal.

Por lo que atañe a su percepción del rival, pongamos que lo ve de una manera «profesional»: *armatolós* por tradición familiar y guerrero por oficio, para él los turcos son de alguna manera sus iguales, contrincantes más que encarnizados enemigos; resultan curiosas, y casi siempre divertidas, las transcripciones de los jocosos intercambios de pullas entre los contendientes en los momentos de relajación, a las cuales titula *Anécdotas* y Vlachogiannis califica de épicas (pensando en las bravatas homéricas antes del duelo); nombre que el editor también otorga a ciertas escenas en que destaca el diálogo (cf. la espeluznante de 1051).

Más bien ve como enemigos a los contrarios a su posición política; el más destacado, Theódoros Grivas. Pero el más vilipendiado de todos, el que le hace abandonar su tono neutro y prorrumper en improprios e indignadas preguntas retóricas, fue nuestro primer autor, Dionysios Surmelís, que a buen seguro habría replicado de haber sido editada las *Memorias* en vida suya (de ambos). Para empezar con suavidad, le reprocha no haber dejado constancia de la heroica intervención propia en la batalla de Metoiji (los *palikaris* eran muy puntillosos en cuestión de honrilla, cf. n. 1101 de nuestra futura edición), lo cual tuvo ocasión de echárselo en cara personalmente:

[...] en su *Crónica de Atenas* (p. 216 de nuestra edición), al llegar al relato de esta batalla no menciona a N. Kondogiannis, Than. Valtinós, G. Gerotheranasis ni a Nik. Kasomulis. Cuando leí el pasaje, descubrí esta falta. Un día le pregunté en la Lesque de Atenas (era yo jefe de la guarnición allí en 1834) de dónde había tomado las informaciones de aquella batalla, y me respondió: «De la edición impresa del informe de Karaiskakis» — «Entonces, ¿cómo obviaste los nombres de los demás y el mío?» Me dijo antes que nada: «Desconfiando en esto del *Γεν. Εφημ.* [Diario Gen.], pregunté a Rukis cuando redacté esta parte. Él me confirmó todo <lo de la batalla> y me dijo que en Metoiji eran esos los que estaban». Le respondí que, si era así, dijese a Rukis que no era un oficial honrado, y que es injusto querer mutilar un informe militar oficial redactado libremente. Si es verdad <la confirmación de Dion. Surmelís, Gianis Rukis> creyó que podría realizar ahora lo que no consiguió en Metoiji,

<ser puesto en> la jefatura <del contingente>. ¿Qué quería decir <silenciando> los nombres de los demás <incluyendo el mío>, que estuvo él solo? Más puntapiés se va a tragar de todos. Los méritos no se roban, Rukis. Los consignó aquella mano <la de Karaiskakis> que te señaló cómo eras ante todo el ejército y en Salamina, e igual hicieron sus oficiales en el monasterio de San Espiridón. <Por otra parte,> si el informe era mentiroso, ¿por qué <Rukis> puso en él su nombre y los de otros?»

Y, por último, pero principal, ante la justificación dada por el ateniense para la capitulación de la Acrópolis (cf. 1464 ss.):

El 26 o 27 de mayo (no lo recuerdo bien), nos llegó desde Ambelakia la noticia de que la Acrópolis de Atenas había llegado a una capitulación, y habían salido todos con entera seguridad. Esto nos indignó tanto que, reunidos todos los oficiales, al oír que habían dejado <en la ciudadela> comida y provisiones para tres meses y estando aún en la duda (sabiendo <sólo> que no tenían tanta necesidad), dijimos que, si habían hecho eso, no quedaba más que marchar a pararlos en la costa y darles una paliza en las barcas mentándoles a los turcos y que fueran a donde quisieran, pero que no se uniesen a nosotros. Mientras estábamos diciendo esto, llegó otro y nos dijo que había desembarcado en Ambelakia una multitud de mujeres y ciudadanos cargados con todos sus enseres y con sus gallinas. Nos quedamos apamplados, sin saber cómo recibirlos: tan nefasta nos parecía su acción, sabiendo que tenían algo de trigo y cebada para subsistir (hasta que tuviésemos tiempo de ir en su ayuda).

Empezaron a entrar en Salamina familias desgraciadas y civiles, y salimos a verlos. ¿Qué vimos? Carrillos lustrosos, caras relucientes, personas bien sanas (1459) llevando encima cada cual los enseres y el mobiliario de su casa: camas, vajillas, baúles... y hasta parrillas y asadores, y gallinas deambulando.

Lo que más <nos> indignó a la tropa fue ver que traían gallinas. Un soldado allá se molestaba, otro acá se quejaba de haber perdido a sus familiares, otro hacía acusaciones:

—¿Has visto? Por culpa de estos nos han matado y nos hemos quedado sin 5.500 griegos.

Se propagó <por el campamento> la noticia y los que estaban heridos se lamían las heridas maldiciendo, después de enterarse de que habían dejado tanta comida y se habían prosternado (1462). Se propagó el enfado de todos los oficiales <por entre la población, alimentado> con cantidad de insultos y maldiciones que oíamos en boca de las ancianas de Salamina y <los refugiados> de Grecia continental que habitaban en la villa (1463). El miedo se apoderó de los que iban saliendo <cuando vieron tal hostilidad>, y comenzaron a entrar <en la población> uno a uno, negando que eran de los «sitiados».

Según mi opinión, la única causa del fracaso del gran plan del general Karaiskakis, de su muerte, de la matanza de los demás por el Filopapos,

de la retirada de los bastiones <en torno al Pireo> y de Falero, del peligro que todos afrontamos después y <en general> de todas las calamidades subsiguientes <fue el envío> de los apremiantes mensajes de esta guarnición, que pusieron al gobierno y a los oficiales en tales apuros que sufrimos lo que sufrimos por la prisa en rescatarlos, antes de que se rindieran.

[...] adjunto algunos párrafos que he leído de la *Crónica <de Atenas>* del Sr. Surmelís: <P. 239 de nuestra edición> *Los confinados estaban en una total carencia de lo necesario... Los heridos no tenían ni la medicina más mínima; los enfermos, igual.*

Y los 600 heridos <de nuestro campamento en el Pireo> ¿tenían en Salamina <donde estaba el hospital> más medicinas, señor?

Nuestra alimentación era sólo de cebada desde principios de mayo, etc.

¿Es mala la cebada? ¿No vive de ella todo el mundo en las islas Cíclades, y nosotros fuera con habas, y podridas?

El agua se daba a cada uno medida a razón de una oká para 24 horas.

¿Era poco una oká de agua? ¿Y qué familia necesita más en necesidades como esa?

Ya que para las heridas lo más eficaz era un huevo mezclado con otros artículos, había quienes criaban gallinas con este fin, de manera que el precio de una de estas aves llegó a 35 dístila, y el de un huevo, a dos.

Cuando pasó por Salamina entonces, el Sr. Surmelís vio el clamor suscitado contra ellos a cuenta de las aves, y lo justifica como una panacea para las heridas y defender así lo de las gallinas ¿No sabía que los heridos hacen un unguento con aceite y cera dentro de una cebolla? Tenían bastante en la ciudadela.

Los enfermos... consumieron carne de caballo, de asno, de mulo... hubo ciertos filohelenos franceses que comieron gatos, perros y ratas.

Sobre estos me creo que sufrieron, porque no tenían arcones ni tinajas para esconderlos, y estaban en una necesidad más imperiosa. Los atenienses y sus soldados no, porque los escondían.

Algunos de los encerrados en Mesolongui estaban también en la ciudadela, y decían que Mesolongui sólo padeció el encierro 30 días, desde que Ibrahim cortó... el sufrimiento duró sólo seis días hasta que salieron, etc.

¿Cómo es que no has puesto el nombre de ninguno de estos, Sr. Surmelís, para que veamos primero si estuvieron en Mesolongui, si eso te consolaba y te hacía no prender fuego para matarte, honroso griego, en vez de salir cargado con parrillas, peroles, gallinas y barras de pan?

La artillería enemiga causaba mucho daño, pues las balas de cañón y las bombas... levantaban otras tantas esquirlas que... mataban a gran cantidad.

¿Cuántos proyectiles y bombas lanzaron <los turcos> desde que se estacionaron <en Kastela> Makrigiannis <y los demás que salieron> y desde que llegamos <nosotros después> a Keratsini, con lo que <el enemigo>

volvió todo su fuego hacia nosotros hasta nuestra retirada a los campamentos de Falero y Keratsini, como reconocen otros? No sé qué hicieron hasta entonces como para comparar, pero creo -si no me equivoco- que en 80 días <a partir de nuestra llegada> no cayeron ni 30 obuses en la ciudadela, ¿o crees que era muy importante la artillería pesada de Kütahi? A lo que parece, «has visto un horno y te admiras» (porque no has visto todavía un castillo), como dice el refrán. Tus reseñas se conservan en los diarios, las <Ἑλληνικὰ> Χρονικά [*Crónicas <Griegas>*] de Mesolongui en el médico de Santa Maura. Anda y ve a hacer el cálculo de los cañonazos, a ver lo que encuentras y con quién deseas compararte en paciencia y resistencia.

La mujer del tendero iguala a su marido con el mayorista (según el dicho común). Se nos sitió allí, aquí a Surmelís, y quiso compararlo con Misolongui y traer a ciertos testigos.

Lee, Surmelís, solo el espíritu y la sintonía entre los oficiales superiores e inferiores, los soldados, los administradores, los *demogérones*, el arzobispo, el pueblo —mujeres y hombres—, y te horrorizarás <de admiración>. Eso fue lo que salvó y honró a Misolongui, junto con la guerra sin tregua (1461) y nuestro letal y peligroso Éxodo, pero honroso y digno del genio griego; eso, y no el pan o el vino, eso era lo que alimentaba a las personas, no aquello que te dijeron «algunos de la guarnición», que serán de esos que, cuando nos oían y veían desde lejos se santiguaban diciendo «Dios nos guarde», y nada más; o de los que compran <cosas> a otros y las llevan encima para venderlas; como tú, ditero.

Tenías que haber narrado los sufrimientos <particulares> de la guarnición <de la Acrópolis> por los cuales se sabe lo que vale el combatiente, y haber renunciado a las metáforas <retóricas>, porque basta una sola acción de un solo día de aquella guarnición <de Mesolongui> para reunir todas las acciones de esta <de la Acrópolis>, incluso en tres años, sin parangón. Y no me refiero al Éxodo, que estremece a toda la Humanidad y estremecerá a las edades y quizás incluso será tachado de increíble, como a nosotros nos parecen los hechos de nuestros antepasados anteriores a la Epanástasis; piensa sólo en lo de Klísova.

Dice Surmelís en el mismo pasaje:

<P. 238> *Pero después cambié de opinión y estoy agradecido a Fabvier, porque he visto y comprobado que «en igual consideración está el valiente que el cobarde».*

¿Por qué cambiaste de opinión *después*, porque salvaste la vida y ahora ves las estatuas de nuestros antepasados en la Acrópolis? Y si la guarnición hubiese destruido la ciudadela como dices, ¿no la habría inmolado con gusto la posteridad, honrando el carácter <del acto> y teniendo a la vista la decisión de la guarnición de morir y el hervor de la sangre, y no habría erigido otra en memoria de la acción de aquéllos que nos emulaban <como nosotros habíamos emulado a los antiguos>? ¿Temías que no fuera a quedar nadie más <después de ti> para anotar a todos los heroicos jefes <del asedio>? Hiciste mal en cambiar de opinión <sobre la capitulación>.

El hincar la rodilla ante el enemigo es <en principio> contrario (1462) a la naturaleza de los griegos desde que se fundó el mundo, y te aconsejo que vuelvas a opinar lo de antes. Y si es cierto que el Sr. Fabvier tanto contribuyó por filantropía a salvar la vida a 3.500 personas y estas a entrar en la Historia por haber abandonado víveres, tal filantropía no es de recibo ni en nuestro tiempo ni en nuestra *Epanástasis*. Vuelve, pues, atrás, y ponte en sintonía con cuantos caudillos refieres que estaban conformes en morir y <Fabvier> llamó traidores. Mejor es ser «traidor» con ellos por el bien de la patria, que buen patriota de esa manera. Que sepas que con tu cambio de opinión deshonraste el nombre de Grecia (1461).

Fuera quien fuese quien colaborase en la rendición, puesto que estaba el ejemplo de Misolongui, que encerraba dentro a 10.500 almas, no debieron incurrir en acuerdos. ¿O crees que habrías visto campamentos en Falerio y en los campos del Ática (1462) si en dichos campamentos no hubiera estado la flor y nata de la Guarnición <de Mesolongui>, que aprendió y enseñó a los dos grandes generales del sultán <Kütahi e Ibrahim> el arte de la fortificación y el combate cara a cara? Si quieres confirmarlo, ve a Misolongui para ver que, en la mayoría de los lugares, sólo había 5 pies de separación entre las fortificaciones y la guarnición.

Y no «algunos», sino solo uno <de la guarnición de Mesolongui> estuvo dentro <de la Acrópolis>, Kostas Jormovas, que según consta fue el salvador de todo. Y si hubiera habido otros tres soldados para oponerse a las ideas de Fabvier y apoyar a los caudillos que estaban dispuestos a morir, tú y otros habrías salido a vida o muerte.

Dices <p. 237> que <Fabvier> alzó contra los cabecillas... a los soldados, de los cuales, fuera como fuese, iban a salvarse unos 100. Con esos bastaba; la hazaña habría sido escrita con letras de oro y los restos mortales de cada uno serían otras tantas estatuas, y así no habrías publicado que te arrepientes y defiendes el acuerdo, contrario al deseo de entonces de los heroicos caudillos griegos.

Creo que esto es suficiente en respuesta a esa *Crónica* <de Dion. Surmelís>.

Bibliografía

—Memorias de 1821

GORDON 1832, Thomas Gordon, *History of the Greek Revolution*. Edimburgo.

KASOMULIS 2022. Nikólaos Kasomulis, *Memorias militares de la revolución de los griegos (1821-1833)*. Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas.

- ΚΑΣΟΜΟΥΛΗΣ 1940-42. Νικόλαος Κασομούλης, *Ένθυμήματα στρατιωτικά τῆς Ἐπαναστάσεως τῶν Ἑλλήνων*.
- ΚΟΛΟΚΟΤΡΟΝΙΣ 2021. Theódoros Kolokotronis, *Narración de los acontecimientos del pueblo griego desde 1770 hasta 1836*. Granada: centrodeestudiosbnch.com
- KUTSONIKAS 2021. Lambros Kutsonikas, *Historia general de la revolución griega*. Granada: centrodeestudiosbnch.com
- ΜΑΚΡΙΑΝΝΙΣ 2011. Yannis Makriyannis, *Memorias de la Revolución griega de 1821*. Madrid: A. Machado.
- ΠΕΡΕΒÓS 2021. Jristóforos Pervós, *Memorias bélicas*. Granada: centrodeestudiosbnch.com
- SURMELÍS 2021. D. Dionísios Surmelís, *Crónica de Atenas durante la guerra de liberación*. Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas.
- ΤΡΙΚΥΠΙΣ 2020. Spyridon Trikupis, *Historia de la insurrección griega*. Granada: centrodeestudiosbnch.com
- ΦΡΑΝΤΖΗΣ 1839. Ἀμβρόσιος Φραντζής, *Ἐπιτομή τῆς ἱστορίας τῆς Ἀναγεννησεῖσης Ἑλλάδος*.

—Otras obras contemporáneas que se citan:

- FALMERAYER 1836. Jakob Philipp Falmerayer, *Geschichte der Halbinsel Morea während des Mittelalters*. Tübingen, 1836.
- ΠΟΥΚΕΒΙΛΛ 1826. François Puqueville, *Voyage de la Grèce*. París.
- ΣΟΥΡΜΕΛΗΣ 2002. Διονύσιος Σουρμελής, *Κατάστασις συνοπτική τῆς πόλεως Ἀθηνῶν ἀπὸ τῆς πτώσεως αὐτῆς ὑπὸ τῶν Ῥωμαίων μέχρι τὸ τέλος τῆς Τουρκοκρατίας* [Visión sinóptica de la ciudad de Atenas desde la caída en poder de Roma hasta el fin de la Turcocracia]. Αθήνα: Καραβίας Δίωv.
- ΣΟΥΡΜΕΛΗΣ 1854. Διονύσιος Σουρμελής, *Ἄττικά, ἢ περὶ δήμων Ἀττικῆς ἐν οἷς καὶ περὶ τινῶν μερῶν τοῦ Ἄστεως* [El Ática o Sobre los demos del Ática y, entre ellos, algunas partes de la ciudad]. Atenas.

—Sobre Historia de Grecia y la *Epanástasis*

- ΑΛΕΞΑΝΔΡΑΚΗΣ 1967. Μ. Δ. Αλεξανδράκης, *Για Ελευθερία και Δικαιοσύνη*. Nicosia.
- ΒΑΚΑΛΟΠΟΥΛΟΣ 1971. Α. Βακαλόπουλος, *Ιστορία της ελληνικής επανάστασεως του 1821* [Historia de la insurrección griega de 1821]. Atenas, 1971.
- ΒΟΥΡΝΑΣ 1999. Τ. Βουρνάς, *Σύντομη ιστορία της ελληνικής επανάστασεως* [Breve historia de la Insurrección griega]. Atenas.
- BREWER 2001. D. Brewer, *The Greek War of Independence*, Nueva York, 2001.
- CLOGG 1973 (ed.): R. Clogg, *The Struggle for Greek Independence: essays to mark the 150th anniversary of the Greek War of Independence*. Handem: Macmillan.
- CLOGG 1986. R. Clogg, *A short History of Modern Greece*. Cambridge, 1986. (hay trad. griega, Atenas, 1984, y castellana, Madrid: Gredos).
- CLOGG 1992. R. Clogg, *A Concise History of Greece*.
- DAKIN 1973. D. Dakin, *The Greek Struggle for Independence, 1921-1833*, Berkeley.
- ΔΡΟΓΙΔΗΣ 1997. Δ. Α. Δρογίδης, *Σύγχρονη ελληνική ιστορία, 1453-1997* [Historia griega moderna, 1453-1997].
- FINLEY 1861. G. Finley, *History of the Greek Revolution*, Londres, 1861.
- GREEN 1828 PH. J., Ph. J. Green, *Sketches of the War in Greece*, 1828.
- ΓΡΙΤΣΟΠΟΥΛΟΣ 1970-71. Τ. Γριτσόπουλος, «Ιστοριογραφία του Αγώνος» [Historia del Certamen], *Μνημοσύνη* 3, 92-144.
- IRMSCHER 1986. J. Irmischer, «La lucha por la independencia griega y la creación del Estado Nacional Griego», *Erytheia* 7. 1, 99-112.
- ΠΑΠΑΓΕΩΡΓΙΟΥ 2005, Σ. Παπαγεωργίου, *Από το γένος στο έθνος. Η θεμελίωση του Ελληνικού κράτους 1821-1862*. Atenas.
- ΠΑΠΑΣΩΤΗΡΙΟΥ 1996, Χ. Παπασωτηρίου, *Ο αγώνας για την ελληνική ανεξαρτησία. Πολιτική και στρατηγική των Ελλήνων και της οθωμανικής αυτοκρατορίας 1821-1832* [La lucha por la independencia griega. Política y estrategia de los griegos y del Imperio otomano 1821-1832]. Atenas.

WOODHOUSE 1952., C. M. Woodhouse, *The Greek War of Independence*.
Londres.

ZAKINTHINOS 1976. D. A. Zakinthinos, *The making of modern Greece:
from Byzance to Independence*. Oxford.